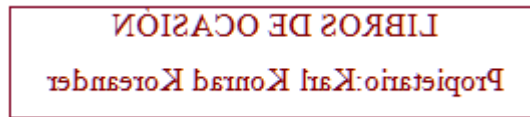


Un deseo esperanzador



Esta era la inscripción que había en la puerta de cristal de una tiendecita, pero naturalmente solo se veía así cuando se miraba a la calle, a través del cristal, desde el interior en penumbra.

Fuera hacia una tarde sin nada en especial, no era ni fría ni caliente, no llovía aunque tampoco estaba despejado. Era otoño, pero los árboles próximos todavía no lo sabían, lucían tan frondosos como a comienzos de verano.

—Otro día que concluye. — Dijo para sí un hombre y colgó un cartel de cerrado en la puerta.

El hombre era grueso y rechoncho, de traje negro arrugado muy usado y polvoriento. Un chaleco floreado le sujetaba el vientre. El hombre era calvo y solo por encima de las orejas le brotaban mechones de pelos blancos. Tenía una cara roja que recordaba a la de un bulldog de esos que muerden. Sobre la nariz, llena de bultos, llevaba unas gafas pequeñas y doradas, y fumaba en una pipa curva, que le colgaba de la comisura de los labios torciéndole la boca. Efectivamente el nombre de este hombre era Karl Konrad Koreander, el propietario de la misma librería en la que Bastián había entrado aquel día lluvioso de invierno dando así comienzo su aventura.

El señor Koreander recorrió la habitación larga y estrecha y se perdió al fondo en penumbra. Nada había cambiado, las paredes con estantes que llegaban hasta el techo, abarrotados de libros de todo tipo y tamaño; los montones de mamotretos apilados en el suelo y las montañas de libros pequeños en las mesitas.

El señor Koreander encendió la lámpara ubicada ante la pared de libros tan alta como un hombre y la penumbra fue historia. A continuación, abrió un cajón y sacó de él un libro de tapas cobrizas con dos serpientes enroscadas, una clara y la otra oscura, que se mordían mutuamente la cola formando un óvalo. Y en ese óvalo, en letras caprichosamente entrelazadas, estaba el título.

La historia interminable

Era el mismo libro que Bastián había robado hacia casi un año, pero más grueso. Cómo y por qué razón el libro volvía a estar en la librería no está escrito en sus páginas y tampoco lo sabe el señor Koreander, él sencillamente lo encontró en el cajón. Quizá aguarda al nuevo salvador de Fantasía, y si es así ¿quién cuidaría de él mejor que uno de sus salvadores?

El señor Koreander se acomodó en su sillón de orejas de cuero desgastado, hizo un par de anillos de humo con su pipa y abrió el libro.

— Leamos que nuevas hay de Fantasía.

Largo tiempo había pasado desde aquel día en La Fuente de la Vida donde Atreyu juró a las grandes

serpientes del Áuryn concluir todas las historias que Bastián Baltasar Bux había empezado. Tan largo tiempo había pasado que los enormes desperfectos de la batalla sangrienta en la torre de Marfil habían sido reparados, las armaduras huecas de los gigantes negros de Xayide, que yacían junto a ella en las proximidades de La Ciudad de los Antiguos Emperadores, se hallaban sepultadas bajo dos metros de tierra polvorienta; Doña Aiuola, la habitante de La casa del Cambio, no era ya un árbol negro y reseco, tampoco era su hija ni su nieta, sino su bisnieta; y el gnomo Énguivuck, el colono que antaño estuvo obsesionado con su tesis sobre el Oráculo del Sur, dirigía una prestigiosa escuela de ungüentos mágicos junto a la gnoma Urgl al oeste de Fantasía. Había descubierto, gracias a la intervención de Atreyu y Fújur, la manera de devolver a las polillas-payaso, los schlabuffos, a su estado original de Ayayais y eso lo había vuelto famoso, sobre todo en Amarganz, pues El Lago de Plata volvía a rebosar de lágrimas relucientes. Gozaba Énguivuck de su prestigio a pesar de que su descubrimiento, la picadura de los mismos schlabuffos, lo había rejuvenecido tanto que ahora era un niño gnomo, un gnomito colmado de las atenciones de Urgl. Pero aunque todas estas historias merecen ser escuchadas, deberán ser contadas en otra ocasión.

Largo tiempo había pasado y en cambio nadie había descubierto el paradero de la Emperatriz Infantil, o como Bastián la había renombrado, La Hija de la Luna. Su ausencia preocupaba tanto a los habitantes de Fantasía que muchos habían desarrollado una especie de enfermedad, no una enfermedad física, era más bien una apatía surgida de la desesperanza y ello amenazaba todas las historias que transcurren en el reino. ¿Cuánto sobreviviría Fantasía sin el amparo de La Hija de la Luna y sin la protección del Salvador?

Por ello los cuatrocientos noventa y nueve mejores médicos del reino de Fantasía, que ya se habían reunido años atrás para hallar la cura a la enfermedad que padeció la Emperatriz Infantil, habían intentado entrar en la cámara en forma de capullo de magnolia en lo más alto de la Torre de Marfil en busca del antídoto al nuevo mal. Todos tenían una vaga sospecha de que la cura se guardaba en la cámara, pero nadie había logrado entrar, no tenían suficiente esperanza para abrirla. Por ello también el centauro Cairón había puesto todo su empeño en encontrar a la Emperatriz Infantil, pero, por ahora, no había encontrado ninguna pista.

Largo tiempo había pasado y tampoco se alcanzaba a saber cuándo concluirán las aventuras de Atreyu y Fújur. Muchas eran las historias que Bastián había dejado sin terminar.

Volaba el dragón de la suerte sobre los Montes de Plata en dirección sur. Se asomaba el ocaso y el sol hacía brillar sus escamas madreperla tan potentemente que alcanzaban las copas de los árboles plateados y estos devolvían el reflejo al cielo poblándolo de estrellas.

—Estas muy callado, Atreyu. — Dijo Fújur, dirigió hacia su lomo sus ojos color rubí tanto como le permitió su constitución — ¿Debo preocuparme?

Atreyu viajaba, obviamente, a lomos de Fújur.

Aunque teóricamente los fantasios no pueden amar, un sentimiento derivado del amor perturbaba a Atreyu desde antes de alcanzar los Montes de Plata, antes de dejar atrás La Meseta de los Azafranios, que nacen viejos y mueren cuando son bebés, antes incluso que El Bosque de Haule. Porque antes de todos esos lugares habían sobrevolado el Pantano de la Tristeza, lugar en el cual Atreyu tuvo que despedirse para siempre de su amigo moteado y pequeño, Artax, el corcel más rápido y resistente de todo el territorio que abarcaba El Mar de Hierba.

—No es nada, Fújur. — Atreyu se limpió las lágrimas — Solo es que echo de menos cabalgar.

—Es lógico, eres un piel verde, tu naturaleza es montar a caballo. Viajar a lomos de un dragón de la suerte no se asemeja.

Fújur volvió su vista rubí hacia delante.

—No me entiendas mal, adoro volar tanto como cabalgar, pero como has dicho, está en mi naturaleza la pasión por los caballos. Como en la tuya está viajar libremente por las nubes con la única misión de contagiar tu suerte a aquel que tiene la ocasión de encontrarte.

—Hace mucho de eso ya. La madurez y la responsabilidad a todos alcanzan. Debemos cumplir la promesa que le hiciste a Bastián. Con respecto a ello, ¿qué historia nos disponemos a concluir?

—La historia de la Mula Yicha. Se dice que se ha unido a un caballo alado que conoció en el Bosque de Saúcos y que han tenido un hijo llamado Pataplán.

—Esa historia parece concluida.

—Parece, pero no es así.

—Y si están en El Bosque de Saúcos, ¿por qué vamos hacia El Mar de Hierba?

—Porque allí es donde viven ahora, resulta que la tozudez de Pataplán deja tras de sí tantos estragos que es desterrado, junto a sus padres, de todos los lugares donde se asientan.

Así era. Antes incluso de que la mula Yicha diera a luz, Pataplán ya apuntaba maneras. Si ella comía un solo bocado de hierba mustia o un grano de heno húmedo, Pataplán demostraba su desagrado coceándole la tripa desde dentro. Era un mulo especial, el único fantasio nacido de un deseo de Bastián, pero su carácter era propio de la fama de la especie por esa parte que su madre tenía de burra.

Se alcanzó a ver al fin El Mar de Hierba, la pradera tan ancha y tan grande y tan plana como el mar y Atreyu al fin sonrió. La hierba seguía igual de jugosa y tan alta como un hombre y, cuando el viento la acariciaba, las olas la recorrían como si fuera el océano y murmuraba lo mismo que el agua, lo mismo que el día que Atreyu aceptó la misión de salvar Fantasía.

— ¡Bajemos!

Gritó Atreyu al ver una manada de búfalos púrpura rodeando, con la fiereza que los caracteriza, una silueta blanca. Fújur obedeció y Atreyu corrió hacia la manada. No era propio de un hombre de la hierba acercarse de ese modo a los búfalos púrpura y menos para Atreyu, al fin y al cabo sus

padres habían muerto intentando cazar a uno de esos ejemplares cuyo tamaño era casi dos veces mayor que un toro o una vaca corriente y tan terribles como una fuerza de la Naturaleza. Y sin embargo, Atreyu lo hizo.

Un búfalo en particular destacaba por su enorme tamaño. Con ese búfalo Atreyu tenía una tarea pendiente cuyo comienzo se narra al principio de este libro. Ante él, el piel verde hizo una reverencia y dijo:

—Te estoy agradecido por haberme ayudado en mi búsqueda de la cura de Fantasía, si ti nunca habría encontrado a la tortuga Morla. Pero necesito pedirte que, por favor, olvides la ofensa que el mulo te haya hecho.

El búfalo respondió con otra reverencia y se echó a un lado, los demás miembros de la manada hicieron lo mismo y se abrió así un pasillo hasta aquella silueta blanca. Era sin duda Pataplán, el mulo blanco hijo de Yicha y el corcel blanco alado.

— ¿Quién eres tú? — Preguntó Pataplán, su mirada cerúlea y penetrante se clavó en Atreyu.

— Tus ojos... — Atreyu no pudo evitar sonreír, aunque no sabía el motivo — Me siento más ligero.

— ¿Por qué te has entrometido? — Pataplán resopló por la nariz — Estaba a punto de demostrar mi coraje y mis cualidades para la lucha.

—Soy Atreyu y, aunque no me creas, te he salvado la vida.

Que Pataplán no era un mulo común saltaba a la vista. Él era un cuarto mulo, un cuarto caballo y dos cuartos pegaso. Pero por si aún cabía alguna duda, quiso demostrarlo. Con intención de intimidar a Atreyu, desplegó las cuatro alas que sobresalían de su lomo como las alas de una libélula, estas brillaban en nácar y eran tan esponjosas como la espuma de mar. Pataplán golpeó el suelo con los cascos y lució sus alas como hace un pavo real con su cola.

—Tienes razón, no te creo. — Relinchó y galopó hacia él con intención de embestirlo — Porque lo que has hecho es ahogar mis planes de conquista.

Fújur saltó entre ambos y Pataplán se estrelló contra él.

—Atreyu, ¿es a él al que debemos ayudar a concluir su historia? — Preguntó el dragón de la suerte.

Atreyu asintió.

— ¿Y tú quien eres? — Pataplán se puso en pie y apuntó a las fauces de Fújur con sus patas traseras dispuesto a cocearlo.

— ¡Soy Fújur, el dragón de la suerte! — Sopló y Pataplán salió rodando unos metros — Y gracias a mi suerte te hemos encontrado a tiempo para salvarte.

Hecho un nudo de articulaciones se encontraba Pataplán en el suelo.

— ¿Por qué quieres conquistar El Mar de Hierba? — Preguntó Atreyu ofreciéndole su ayuda.

—Cree que por haber nacido de la magia de El Salvador, debe cumplir al menos uno de sus deseos, y se ha empeñado en gobernar Fantasía en su nombre.

Contestó por su hijo la mula Yicha que había acudido al lugar al ver descender a Fújur. Junto a ella, avanzando a su par como un apéndice, estaba Akhyc, un corcel blanco con alas de pluma de cisne, cuyas crines y cola eran tan largas que llegaban al suelo. Era tan tímido que no hablaba, se limitaba en asentir cada palabra de la mula.

—No podrías estar más equivocado acerca de Bastián, Pataplán. — Dijo Atreyu — Pues antes de volver a su mundo decidió renunciar a todo lo que Fantasía le había dado, incluida su intención de ser nombrado Emperador Infantil.

—No puede ser verdad. — Relinchó Pataplán — No puede ser verdad porque si no la batalla más sangrienta de Fantasía se llevó a cabo sin ningún propósito.

—Lo tuvo en su momento. Fue un propósito errado del cual Bastián se arrepintió cuando fue consciente.

Añadió Atreyu.

—Solo dices eso porque tú encabezaste a los rebeldes que lucharon contra él. — Relinchó otra vez Pataplán.

—Lo que hizo Atreyu lo hizo para salvarlo — Los ojos rubís de Fújur brillaron potentemente — y si no nos crees, ven con nosotros a La Montaña Errante y el Viejo que escribe la historia de Fantasía te lo leerá.

— ¿Y cómo pretendes encontrar la Montaña Errante si como su propio nombre indica es errante?

—Con un poco de suerte. — Contestó Atreyu y le guiñó un ojo a Fújur.

—Mi querido hijito, — Le dijo Yicha a Pataplán — a pesar de ser más caballo que burro piensas más como burro que como caballo y, como a todos los fantasios de estos tiempos, te falta fe. Yo conozco a Fújur y a Atreyu y te aseguro que no tienen malas intenciones, además cuando solo se es en parte burra, de manera equilibrada, una se da cuenta de muchas cosas, entre ellas las mentiras, y en sus palabras, querido hijito, no las hay. Ve con ellos, te doy mi bendición. Estoy convencida de que de ese modo hallarás la manera de honrar al Salvador.

Akhyc asintió.

Confundiendo en su madre, Pataplán aceptó la invitación. Lo que quedaba de día y parte de la noche los tres planearon el viaje y se echaron a descansar.

Entonces una melodía, que superaba en belleza todo lo que se había oído o se podría oír nunca, voló en el aire. Fújur, el dragón de la suerte, cantaba.

Muy alto en el cielo de la noche, describía círculos sobre El Mar de Hierba haciendo resonar su voz de campana. Era una canción sin palabras, la melodía grande y sencilla de la melancolía más

pesarosa. A quien la oía el corazón se le encogía.

— ¿Por qué canta así Fújur? — Preguntó la mula Yicha entre llanto — Si sus canciones siempre fueron felices.

A su lado lloraba también Akhyc.

—Añora la libertad. — Contestó Atreyu compungido, la canción no le dejaba dormir, como si suya fuera la culpa del mal de su amigo — La promesa que le hice a Bastián resultó ser una atadura demasiado pesada para un dragón de la suerte. Necesita volar libre, pero aún quedan muchas historias por concluir.

—Entiendo. ¿Y tú lo necesitas para llevarlas a cabo?

Atreyu bajó la cabeza y no contestó.

—Deduzco que vosotros necesitáis la ayuda de mi hijito tanto como él la vuestra. Su ojos transmiten una alegría que quizás os esperance para seguir adelante.

A la mañana siguiente, Pataplán se despidió de sus padres y emprendió el vuelo junto a sus compañeros de viaje.

Pese a su tamaño de mulo, la velocidad de vuelo de Pataplán competía con la de Fújur. Ciertamente era que se esforzaba, por nada del mundo quería quedarse atrás. Viajaron grandes distancias hasta llegar a la Torre de Marfil, el punto de origen del gran viaje que la Emperatriz Infantil tuvo que hacer para convencer al fin a Bastián de que él era el salvador de Fantasía, y desde allí partieron en la búsqueda de La Montaña Errante.

— ¡Adelante! ¡Siempre adelante... a cualquier parte! — Gritaba Atreyu.

Y adelante volaban, así durante días, días y días.

Como a diferencia de Fújur, Pataplán no podía volar dormido, cada noche tomaban tierra para descansar. Atreyu aprovechaba esos momentos para narrarle a Pataplán, con todo lujo de detalles, cómo fue escogido por la Emperatriz Infantil para hallar la cura del mal que asolaba Fantasía y todas las aventuras que la siguieron.

Se hallaban en La Estepa Hueca, un amplio territorio llano, gris cenizo y lleno de grandes toperas. Por esas toperas aparecía de vez en cuando un hocico que olisqueaba el aire, pero por lo demás era un páramo inhabitable. Allí, abrigados por el calor de una hoguera, las aventuras de Atreyu llegaron al presente día. Entonces, Pataplán preguntó:

— ¿Nadie conoce el paradero de la Hija de la Luna?

—No, aunque hay quien la busca, — Contestó Atreyu — Cairón el centauro.

—Nunca la encontrará, — Fújur no parecía nada optimista y eso no es propio de un dragón de la suerte — porque ella no se muestra ante la misma criatura de Fantasía dos veces. Por eso ni Atreyu ni yo la buscamos.

—Sería en vano.

— ¿Y por qué no la busca un fantasio que no la haya visto antes?

—Porque esa es la labor de un héroe y un héroe no aparece así por las buenas, la aventura debe llamarlo.

— No estoy de acuerdo, yo creo que con quererlo basta. — Objetó Pataplán — ¿Y por qué no gobierna alguien en nombre de La Hija de la Luna? Como quiero hacer yo por el Salvador. Fantasía necesita ser gobernado.

—Fantasía no necesita un gobernante, necesita esperanza, — Los interrumpió una voz sollozante proveniente de una de las toperas — y la esperanza en Fantasía es la Emperatriz Infantil.

El suelo tembló y un topo tan grande como un oso, de color gris y ojos cristalinos salió de debajo de la tierra.

—Me llamo Batu, soy el último cristopo despierto de La Estepa Hueca.

— ¿El último? — Se alarmó Atreyu.

—Los cristopos nacen y viven de la esperanza.

Aclaró Fújur ante el desconcierto de Pataplán.

—Y los fantasios ya no la tienen. Por eso mis hermanos llevan meses invernando, otros incluso años. Yo resisto por el bien de Fantasía, soy la última pizca de esperanza que queda. Pero fijaos en mi pelaje, era cerúleo y ahora es casi negro. Pronto tendré que invernar.

— ¿Eso te ocurre por la ausencia de la Emperatriz Infantil? — Ahora era Pataplán quien estaba alarmado, sus ojos centelleaban de un cerúleo intenso — ¡Es urgente que alguien dé con ella!

El pelaje de Batu adquirió unos vagos reflejos azules.

—Quizás tú puedas hacerlo, — Dijo Atreyu — al fin y al cabo nunca la has visto.

—Así honrarías a Bastián. — Añadió Fújur.

Pataplán se mantuvo en silencio un instante, luego se recostó de espaldas a sus compañeros y dijo:

—Primero concluyamos nuestro viaje de la verdad y dependiendo de lo que descubra tomaré una decisión. Buenas noches.

Pero esa noche Pataplán no durmió, pasó la noche pensando en la tragedia de los cristopos y la voluntad para resistir en soledad de Batu; en la intuición de su madre Yicha, ella jamás erraba; también en la amistad que aún unía, después de tanto tiempo, al Salvador y a Atreyu y cómo este último cumplía la promesa de terminar todas las historias que su amigo había dejado abiertas. Dudaba de sí, ¿sería su cometido gobernar Fantasía en nombre del Salvador o encontrar a la legítima emperatriz, La Hija de la Luna? Ya amanecía cuando se decidió a consultar esa pregunta al Viejo de la Montaña Errante; y, como siempre ocurre en Fantasía cuando alguien está convencido de lo que quiere encontrar, los destinos que están lejos resultan estar cerca, tan cerca que sobre ellos empezaron a caer copos de nieve.

Los aludes se precipitaban atronando por las escarpadas laderas de las montañas. Tempestades de nieve se desencadenaban entre las torres de roca de las acorazadas crestas de hielo, caían aullando por cuevas y precipicios y barrían de nuevo las amplias superficies de los glaciares. En aquella comarca no era un tiempo insólito porque esas montañas eran las mayores y más altas de toda Fantasía, y su cumbre más formidable llegaba literalmente hasta los cielos. Estaban en las Montañas del Destino.

En aquella región de hielos eternos no se atrevían a adentrarse ni los más arriesgados alpinistas, pues en el recuerdo de los fantasios solo se recordaba a alguien capaz de alcanzar la cima y ella era, ni más ni menos, que La Hija de la Luna. Por eso era una suerte que tanto Fújur como Pataplán pudieran volar. Pero la subida parecía eterna.

Al cabo de tres días de vuelo vertical, justo cuando Pataplán sentía que sus fuerzas se agotaban, se alcanzó a ver al fin una amplia llanura blanca y brillante, y, en medio de esa superficie, se alzaba, sorprendentemente, una pequeña montaña de aspecto peculiar. Era bastante estrecha y alta, semejante a La Torre de Marfil, pero de un azul luminoso. Se componía de varios picachos de formas extrañas, que se elevaban hacia el cielo como gigantescos carámbanos de hielo invertidos. Aproximadamente a la mitad de la altura de la montaña, descansando sobre tres de aquellas puntas, había un huevo del tamaño de una casa.

El hecho de ver el destino tan cerca despertó una pasión tan grande en Pataplán que le hizo olvidar su agotamiento y aleteó con fuerza.

Según se acercaban se definía el lugar. Formando un semicírculo en torno a ese huevo y detrás de él, subían hacia lo alto, como los tubos de un inmenso órgano, unas agujas mayores de cristal azul que constituían la verdadera cumbre. El gran huevo tenía una abertura circular que parecía una puerta o una ventana y de ella colgaba una larga escala cuyos escalones estaban formados de letras desgastadas, como si llevaran allí muchísimo tiempo.

Sin tomar tierra, Pataplán y Atreyu entraron por la abertura, Fújur era demasiado grande para seguirlos y decidió echarse una siesta en la nieve esponjosa que había bajo el huevo.

Casi en la absoluta oscuridad del interior del huevo, pues la abertura se había cerrado tras su entrada, esperaron en silencio Pataplán y Atreyu. Cuando sus ojos se hicieron a la oscuridad pudieron distinguir, en el centro de la estancia, un resplandor rojizo y débil, este salía de un libro cerrado que flotaba en el aire. Tenía las tapas de color cobre y dos serpientes que se mordían mutuamente la cola, formando un óvalo. Y en ese óvalo estaba el título:

La historia interminable

—Ese es el libro de Fantasía. — Dijo Atreyu convencido — En él podrás leer cómo y porqué Bastián renunció a gobernar Fantasía para regresar a su casa. Ábrelo.

Pero Pataplán no prestaba atención ni a las palabras de Atreyu ni al libro, él miraba el rostro del hombre que también lo miraba a él desde el otro lado del libro. Ambos estaban inmóviles, solo las pupilas de Pataplán se movían, como si hablaran telepáticamente.

El libro se abrió de pronto definiendo el rostro del hombre con el resplandor verdemar que desprendían las letras en él escritas. Su rostro parecía la corteza de un árbol viejísimo, lleno de surcos. Tenía la barba larga y blanca y sus ojos estaban hundidos en cuevas oscuras que no se podían ver. Llevaba un hábito azul de monje, con capucha, y tenía en la mano una pluma con la que empezó a escribir en el libro.

<<Muchos años lleva aguardando La Emperatriz Infantil en El Bosque de Saúcos al fantasio nacido de un deseo esperanzador, pues es el único que la puede llevar de regreso a La Torre de Marfil. Solo ante él se abrirá la cámara en forma de capullo de magnolia. >>

— ¿Por qué escribes acerca de la Emperatriz Infantil y no sobre Bastián? — Atreyu estaba confuso.

—Este viaje me ha hecho dudar acerca de lo que creía era mi cometido, gobernar Fantasía en nombre del Salvador. Por eso mi pregunta ha sido: ¿Cuál es la razón por la que he nacido?

<< ¿Cuál es la razón por la que he nacido? >>

Escribió el hombre en el libro.

—No sé si Bastián tenía en mente para ti un cometido tan importante cuando le concedió el deseo a tu madre, la mula Yicha. Solo sé que lo hizo porque se sentía agradecido.

—Yo lo supe siempre. Porque nací de un deseo del Salvador y, por tanto, de un recuerdo de su mundo. Y ese recuerdo está en mi mente desde incluso antes de nacer. Te lo contaré: Es de noche y el lugar es oscuro, hace frío y el Salvador tiene hambre y miedo. Se siente desamparado y asustado. Pero de pronto, encuentra un oxidado candelabro de siete brazos y lo enciende, las siete velas. Una luz dorada se difundió. Esa luz intermitente y chisporroteante le bastó al Salvador para sentirse a salvo y resistir al frío y al hambre.

— ¿Crees que eres como el candelabro del recuerdo?

—Lo creía, pero ahora sé que soy el que debe encontrar el candelabro.

— ¡Buena respuesta! —Atreyu sonrió orgulloso — Dime Pataplán, ¿aceptas el cometido?

—Por supuesto.

<<Por supuesto. >>

Escribió el hombre en el libro.

—Pues no se hable más, queda un largo viaje hasta el Bosque de Saúcos.

La abertura en la pared del huevo se había vuelto a abrir y Fújur miraba por él iluminando la estancia con sus ojos de rubí brillante.

Si el viaje a La Montaña Errante había durado días, incluso semanas, el viaje al Bosque de

Saúcos fue semejante, pero eso sí, más llevadero. Pataplán, cuya razón de existencia conocía al fin, se mostraba muy cordial con sus compañeros de viaje, tanto que pronto los empezó a apreciar como se apreciaba a los amigos de verdad.

El Bosque de Saúcos se hallaba a tan poca distancia de la Torre de Marfil que su brillo se reflejaba en la copa de los árboles. Estos, de tronco bajo y estrecho, no eran numerosos, pero su anchura era tal que cada uno abarcaba al menos ochenta veces su altura. Caminar bajo ellos era como pasear bajo un túnel de ágatas verdes, diamantes y amatistas. Entre sus ramas habitaban los alumix, unos duendecillos alados y diminutos de color morado que pasaban el día comiendo bayas y la noche bailando al ritmo del silbido que producía el viento al pasar entre los árboles. El roce de las alas de un alumix contra otro, al bailar, los hacían brillar como luciérnagas.

Bajo los saúcos, descansando de su largo viaje, se encontraban Pataplán y Atreyu. Fújur prefirió el amplio cielo de Fantasía al bajo espacio que le ofrecían los saúcos.

—Cuando lleve de vuelta a la Hija de la Luna a La Torre de Marfil, volaré hasta el Mar de Hierba para contarles mi aventura a mis padres. Se sentirán muy orgullosos de mí. — Pataplán se quedó pensativo y luego continuó — Atreyu, el día que nos conocimos pudiste ir a visitar a los pieles verdes, pero no lo hiciste ¿por qué? ¿No añoras tu hogar?

—Añoro todo lo referente al Mar de Hierba, pero tengo una promesa que cumplir y eso está por encima de mis sentimientos. — Atreyu suspiró y sus ojos oscuros se humedecieron — Añoro sobre todo a Artax, mi fiel caballo. Montarlo era como volar empujado por el viento.

—Pero montado en Fújur, voláis empujados por el viento.

—Sí, pero es tan real que no me produce la misma sensación.

No hablaron más esa noche, prefirieron contemplar baile de los alumix. Y así Pataplán, hipnotizado por las luces, se durmió.

A mitad de la noche una luz muy potente despertó a Pataplán. Todos los alumix se habían concentrado ante su hocico y entrechocaban intencionadamente sus alas. Estos, al ver abrirse los ojos del mulo, formaron una línea centelleante que se perdía zigzagueante entre la maleza. Pataplán miró a Atreyu, quien lo observaba con la espalda apoyada en el tronco de un saúco.

—Síguelos.

Le dijo y él obedeció.

Pataplán caminó por el bosque siguiendo la línea que los alumix le indicaban, solo eso podía seguir, a un palmo de ellos reinaba la oscuridad total. Anduvo durante más de una hora hasta llegar a un claro de finísima hierba que brillaba en plata por la luz de la luna. Los alumix, que en ese instante bailaban haciendo espirales alrededor de él, se unieron formando una enorme esfera de luz que de pronto se desvaneció fulminantemente en la oscuridad. Todos menos uno. Ese alumix no rozaba sus alas contra nadie, al menos que Pataplán pudiera ver, y en cambio brillaba como una

candela encendida. El mulo agudizó la vista y entonces la vio.

Una niña, de ojos almendrados y del color del oro viejo, le sonreía. Era de figura delgada y vestía una túnica de seda tan blanca que resplandecía iluminando la esplendorosa alhaja de oro que llevaba colgado al cuello por una cadena, podía verse claramente su diseño: Dos serpientes, una clara y la otra oscura, se mordían la cola mutuamente formando un óvalo. Era el Áurin.

— ¿Eres tú La Señora de los Deseos, la de los Ojos Dorados, La Hija de la Luna? ¿La emperatriz a la que debo llevar de regreso a la Torre de Marfil? — Preguntó Pataplán asombrado.

—Eso depende. — Contestó ella — ¿Quieres tú llevarme de regreso a la Torre de Marfil?

—Será un gran honor.

Pataplán se inclinó invitándola a montar sobre él. Pero ella no se movió, solo preguntó.

— ¿Por qué?

—Porque es mi cometido, para eso he nacido.

—Nacer con un cometido no significa que debas llevarlo a cabo. ¿Por qué quieres llevarme de regreso a La Torre de Marfil?

—Son muchos los motivos. Como agradecimiento al Salvador por haberme dado la posibilidad de nacer, para enmendar los errores que cometí por tozudez en el pasado, para que mis padres se sientan orgullosos de mí.

— ¿Por qué tú lo necesitas para sentirte completo y realizado?

El alumix dejó de aletear y su luz se extinguió.

—No solo por eso, la razón más importante lo descubrí en este viaje. Por el bienestar de Fantasía debe regresar a su lugar, Hija de la Luna, a la cámara en forma de capullo de magnolia. Todos necesitamos saber que su luz está a salvo en lo alto de la Torre de Marfil, así todos los fantasios nos sentiremos esperanzados.

Ante esa respuesta el alumix volvió a brillar y la Emperatriz Infantil montó sobre él.

Pataplán desplegó sus cuatro alas nacaradas y esponjosas como la espuma de mar y alzó el vuelo rumbo a la Torre de Marfil. Sus ojos, más brillantes que nunca, iluminaron la noche con una luminosidad cerúlea casi cegadora.

La primera luz del día se abrió sobre Fantasía como una ventana a la vida. La silueta reluciente de la Emperatriz Infantil sobre Pataplán se unió a la cima de La Torre de Marfil como un pedazo de cristal que encaja en la vidriera para el que fue creado. La cámara de capullo de magnolia se giró hacia ellos como girasol hacia el sol y, al ser deslumbrado por el brillo centelleante de los ojos de Pataplán, abrió sus pétalos para dejarlos entrar. Una brisa de esperanza se levantó en todas direcciones.

¡La Hija de la Luna había regresado!

En todas direcciones se podían oír los vítores de los fantasios, se podían ver bailes de

celebración, se podían oler la alegría y la esperanza. En todas direcciones excepto en el centro, en la cámara con forma de magnolia Pataplán no sonreía y su mirada cerúlea no centelleaba.

—Lo has hecho, Pataplán. Con este vuelo has concluido tu cometido, enmendado tus errores, enorgullecido a tus padres y, lo más importante, has salvado Fantasía. — La Emperatriz Infantil reparó en él — Pero ¿por qué no estás contento?

—Estoy contento, pero a la vez me siento vacío. ¿Qué haré ahora?

—Haz lo que quieras.

—Pero lo que quería ya lo he logrado.

—Has alcanzado tu objetivo demasiado joven para poder valorar y disfrutar de la armonía y la serenidad. — La Emperatriz Infantil lo acarició, pero la caricia, aun viniendo de la más grande, no era suficiente consuelo para Pataplán. Y ella consciente de ello añadió — Te haré un regalo: Hay en Fantasía dos fantasios con una ardua labor: un jinete sin cabalgadura y un dragón de la suerte nostálgico. ¿Querías tú ayudarlos a alcanzar sus anhelos?

Pataplán relinchó emocionado, hizo una reverencia y alzó el vuelo de regreso al Bosque de Saúcos, pues sabía a quienes se refería la Emperatriz Infantil. Voló durante horas hasta divisar a Fújur, quien volaba en círculos sobre El Bosque de Saúcos al ritmo de su melancólico canto. Le hizo un gesto y ambos se posaron en el mismo claro donde Pataplán halló a la Emperatriz Infantil. Allí acudió Atreyu y felicitó al mulo.

—Sabía que lo lograrías, Pataplán. Pero con el final de tu historia concluye también nuestra compañía. Fújur y yo debemos continuar nuestra misión.

—Debéis, pero no juntos. Fújur debe volar sin ataduras y tú, Atreyu, cabalgar de nuevo. — Pataplán se inclinó hacia Atreyu invitándole a montar sobre él — Cabalga sobre mí y te sentirás volar empujado por el viento de nuevo. Prometo desplegar las alas solo cuando me lo pidas.

Atreyu y Fújur reflexionaron largo rato, transcurrido el cual, se abrazaron. Atreyu incluso lloró.

—Cuando necesites un poco de suerte, grita mi nombre. — Le dijo Fújur a Atreyu mirándolo con sus ojos de rubís entornados por sus párpados madreperla — Acudiré tan pronto como me sea posible.

— Lo mismo digo, amigo.

Atreyu se subió a lomos de Pataplán y cabalgó rumbo al norte. Fújur alzó el vuelo y voló sin rumbo.

El mulo alado Pataplán y su jinete Atreyu recorrieron el reino de Fantasía más de tres veces antes de concluir todas las historias que Bastián había dejado abiertas excepto una. Pero son tantas las aventuras que vivieron que no cabrían en este libro y, por tanto, deberán ser contadas en otro momento.

Con respecto Fújur, el dragón de la suerte encontró la libertad que añoraba al cumplir la

promesa que Bastián le había hecho a Graógraman, el único habitante del Desierto de los Colores. Recordemos que la promesa consistía en enviar a alguien en su nombre para hacerle compañía, si no podía hacerlo él en persona y, como solo aquel protegido por el Áurin o un fantasio con mucha suerte puede mostrarse ante la Muerte Multicolor sin morir fulminado, ¿quién mejor que Fújur para hacerlo? Así fue como desde entonces, cada día como amigos acompasados, Graógraman corría a gran velocidad por las dunas de colores mientras Fújur hacia lo propio por el cielo.

El Señor Koreander desvió la mirada del libro y la perdió en el techo de la biblioteca. Así permaneció más de cinco minutos en los cuales, aparte de chupar de su pipa y hacer anillos de humo que crecían y se difuminaban según ganaban altura, no hizo nada más. Transcurrido ese tiempo dijo:

—Esta no ha sido una historia más que ha concluido. Con ella se ha salvado de nuevo Fantasía y se han cerrado otras historias anteriores a la entrada de Bastián en Fantasía. Pero como siempre ocurre en Fantasía, por cada historia que se cierra muchas más se abren.

El Señor Koreander cerró el libro, lo guardó en el mismo cajón donde lo había cogido y volvió a sus cavilaciones.